

There is only one thing that might leave the reader a bit disturbed. While Schickore argues convincingly (or perhaps draws a well-ordered and comprehensive picture) how method advanced in the last four centuries, it is not at all evident that her studies about snake venom research might be generalized for science in general, or even about the life sciences in particular. Isn't it possible that the peculiar situation of snake venom researchers forced itself on their methodological settings (something seemingly close to what the author also says), thus we learn something more about the social history of the field and not about the theoretical issues per se? In short, is the work more philosophical or more «just» historical?

About Method is a valuable work on how scientific knowledge and practice could be fruitfully historicized. Schickore's book presents a strong case for pursuing philosophy in new ways and convinces the readers not to be afraid to look for unrevealed fields and seemingly minor topics and questions since history was done at all levels. ■

Adam Tamas Tuboly

Institute of Philosophy-Hungarian Academy of Sciences

Supported by the MTA BTK Lendulet *Morals and Science Research Group*

ORCID: 0000-0001-8506-6276

■ **Richard Grusin, ed. *After Extinction***. Minneapolis: University of Minnesota Press; 2018, 264 p. ISBN: 978-1-5179-0289-6. 25 \$.

¿Qué es lo que viene después de la extinción? ¿Qué es lo que sucede después de pensar en la extinción? Estas preguntas fueron el desafío de Richard Grusin, director del Center for 21st Century Studies (C21) de la Universidad de Wisconsin-Milwaukee, a los participantes de la tercera conferencia del centro dedicada a ese debate sobre el Antropoceno y la Sexta Extinción que es moda en ciencias de toda índole desde que P. J. Crutzen y E. F. Stoermer lo lanzaron en el año 2000. Las anteriores conferencias del C21, que también dieron lugar a sendos libros, se centraron en incorporar «giros» recientes de disparejas ciencias sociales al debate: por un lado, cuestionando la construcción de la centralidad del sujeto humano en los sistemas biológicos, animales, geológicos y tecnológicos, sin abogar por las propuestas posthumanistas (*The Nonhuman Turn*, 2015); y, por otro, contes-

tando la mirada masculina heteronormativa y tecnonormativa a través de teorías feministas y queer (*Anthropocene Feminism*, 2017).

Para este último volumen, los autores de *After Extinction* abordan con provocación las preguntas iniciales desde sus propios dominios, en filosofía, lingüística, ciencias políticas, estudios postcoloniales, estudios sobre discapacidad, fotografía, arte audiovisual, antropología de sociedades aborígenes o de comunidades científicas, abriendo al lector/a numerosas puertas que llevan a caminos que no siempre se cruzan ni se encuentran (no es extraño que el libro carezca de conclusiones).

Me aventuro a seguir trazos de esos caminos con el ánimo de provocar la apetencia de descubrir por lo menos algunos de ellos. La obra comprende tres partes, no explícitamente segmentadas. En el primer capítulo, William E. Connolly propone una filosofía del «humanismo enmarañado», basada en una colaboración inter-especista que empezaría ya dentro de nuestro cuerpo y para la que sería apremiante habitar los regímenes experienciales de los cuerpos de otras especies (Connolly propone incluso ponerse en la piel de los buitres para entender su papel biológico en la reproducción de la vida, no sin que el lector/a se cuestione si no sería más conveniente vivir bajo las alas de otros «buitres»: aquellas diminutas y grandes comunidades humanas cuya subsistencia depende substancialmente del compost de residuos orgánicos y/o el reciclaje de escombros industriales tanto en el Sur Global como en el Norte Global).

Los cuatro siguientes capítulos, firmados por Jussi Parikka, Joanna Zylińska, Joseph Masco y Cary Wolfe, se adentran en fascinantes piezas de arte contemporáneo y fotográfico como medios de representación de la catástrofe ambiental. Ello, con el fin de imaginar las múltiples e intrincadas temporalidades y escalas espaciales que cristalizan en forma de variados fósiles en nuestro presente y aquí. Como Günter Anders apuntaba refiriéndose a lo nuclear, existe una brecha dramática entre la nueva dimensión de la tragedia y la incapacidad de imaginarla, que atenaza la movilización social y que sería necesaria resolver. Las autoras y autores del volumen, sin embargo, no dejan de advertir que ciertas estéticas anestésicas y monolíticas también pueden llevar a la inacción; por ejemplo, viejas representaciones del hongo atómico y nuevos «gabinetes de maravillas» de la destrucción: ¿está por llegar un Luna Park del Antropoceno, como insinúa Zylińska? Partiendo de las propuestas artísticas de Erkki Kurenniemi, Hiroshi Sugimoto, Hamza Walker o el tándem Snæbjörnsdóttir-Wilson, los capítulos 2 al 5 sugieren que no sólo una historia del saber y del hacer nos ha llevado hasta el abismo, sino también una historia del sentir que está mucho más por explorar (se mencionan la historia del deseo de conquistar otros planetas, la políticas nucleares del

miedo, el placer devastador del consumo o las emociones que guían la empresa científica). Y, en este sentido, el arte (y la historiografía de las emociones) puede ser una buena compañía de viaje en el tiempo.

En tensión con sus precedentes, los cuatro últimos capítulos se centran en explorar aquella historia política de la construcción del otro (en estos casos, humano) como no-humano, racializado o discapacitado, que ha producido aniquilación en masa, y que, en un efecto bumerán, conduciría a la auto-aniquilación: no es el Antropoceno, es el estrato geológico de la supremacía blanca, de los «capacitados», de los defensores del capitalismo, biocapitalismo y ecomodernismo, y de los celebrados y nuevos conquistadores que llevan el viejo mundo de la extinción en su corazones (según defienden, respectivamente, Nicholas Mirzoeff, Claire Colebrook, Ashley Dawson, y, finalmente, Daryl Baldwin, Margaret Noodin y Bernard C. Perley). Estos tres últimos autores argumentan que incontables comunidades nativas americanas (como aquellas a las que pertenecen) hacen frente desde hace siglos a la extinción mundanal y cotidiana. Al margen de fronteras nacionales y de invasivas definiciones de «en peligro» por parte de estados, expertos y organismos internacionales, su «despertar» lingüístico y social es una ventana por donde ver como se vive sobre las ruinas. El humor —en forma de un *cartoon* ex profeso que vertebra el discurso del capítulo— aparece como un medio epistemológico, lingüístico y político de emergencia (en ambos sentidos del término).

Hace casi cinco décadas, Guy Debord sugirió en *El planeta enfermo* que nuestra época se caracteriza no sólo por la rápida degradación con medios científico-tecnológicos de las condiciones necesarias para la supervivencia a escala planetaria, sino también por la asombrosa capacidad de esos medios de medir, predecir y monitorizar pormenorizadamente esa degradación, como parte del espectáculo de la sociedad. A su vez, Freud afirmó que somos incapaces de concebir nuestra muerte y sobrevivimos como espectadores, como Masco nos recuerda en su ensayo. Con la —a veces árida— terminología antropocénica, las ciencias sociales se han volcado a ese análisis de la devastación: una voluntariosa pero fútil empresa si es ensimismamiento narcisista en las aguas de la complejidad y no va acompañada de otros medios éticos y políticos. En este sentido, éste podría parecer otro libro más (y ésta, otra reseña más) sobre cómo ver venir el fin del mundo, y correr a la atalaya más próxima para observarlo, cuando nuestra casa está por barrer.

Atisbar los escenarios apocalípticos del calentamiento global puede desencadenar respuestas necesarias, pero el sentido de urgencia incontinente frente a una serie de «desastres lentos» percibidos como repentinos también puede

levantar miedos mediados gubernamental y corporativamente para justificar tecno-políticas y tecno-reparaciones con graves repercusiones para la libertad individual y colectiva, como ocurrió durante la carrera nuclear en la Guerra Fría. Y en nuestro medio profesional, puede generar la profusión de una retahíla de nuevos conceptos, marcos teóricos de combustión rápida, mixturas disciplinares, y *turns* y «giros» de toda clase que pueden llevar a marear las perdices y los humanos en el vertiginoso tren de la academia.

Y, sin embargo, como se repite en este libro editado por Grusin, necesitamos otras maneras de ver, de oír, de sentir, de representar, de decir y de narrar el mundo presente con su pasado si queremos tener la capacidad de pensar nuevos futuros y utopías. Para ello, se plantea la modestia de hacernos entender y entender otros «otros», y, en particular, otros «extraños» de los incontables pisos de la babel universitaria (de hecho, algunos de los capítulos de este libro no serán fáciles para quienes no hablen ya las lenguas de Mark Fisher, Jacques Derrida o Martha Nussbaum, puesto que la transdisciplinariedad se ejecuta en gran parte por yuxtaposición y transcripción).

Si para pensar el después y ahora de la extinción necesitamos cambiar nuestra concepción política del tiempo y acercar la historia a la historia natural, como afirmó Dipesh Chakrabarty y defiende Parikka, la historia de la ciencia puede tener un papel importante en su articulación (y como antídoto contra la «naturalización» de la historia natural). Aunque la historiografía de la ciencia no tiene representación disciplinar específica en este volumen (la más representativa sería la mención de las innovadoras propuestas narrativas de Oreskes y Conway), no es de extrañar que muchos de sus capítulos pongan la mirada en pasajes cuyos matices son bien conocidos por los historiadores/as de la ciencia: los debates de las teorías de Cuvier y Agassiz, Lyell y Darwin, Audubon y Owen, las relaciones históricas entre geología, paleontología, ornitología, fotografía y teorías raciales, las tecnologías coloniales de medida del mundo, las nociones biológicas de normalidad corporal y intelectual, el peso de la química y los tóxicos en la cimentación de las sociedades contemporáneas y el llamado «complejo-carbono», las ideologías ingenieriles de desarrollo y eficacia, la cultura nuclear, la ciencia ficción, la comunicación científica, los museos científicos, la historia de larga duración del Big Data y de la ingeniería genética, entre otros.

Es en este punto, donde —sin voluntad de caer en el disciplinar-centrismo ni en la quinta Ley de Kranzberg— la historia de la ciencia, la tecnología y la medicina es relevante para el debate del Antropoceno. Este libro abre para el futuro —aunque no las responda— otras preguntas que nos interesan como

humanos constructores del pasado de la ciencia: ¿Qué es lo que le ocurrirá a la historia de la ciencia después de pensar en la extinción? ¿Qué le sucederá antes de su extinción? ■

Jaume Valentines-Àlvarez
Universidade Nova de Lisboa
ORCID: 0000-0001-7642-5353